

Mario Bahamonde

Huella rota (1)

LA MAÑANA



OJO Muñoz dobló la última esquina y tomó por detrás de las casas, en el faldeo del cerro. Venía corriendo, agitado. Lo perseguían. ¿Lo perseguían? ¡Sí, sí! Corría y sentía cómo le temblaban las piernas. Jadeaba, tenía sed... pero debía seguir corriendo. Le dolía el pie que se dobló al saltar el tabique.

Pensó que era mejor escurrirse bien pegado a las calaminas. Eran los últimos patios y por entre los corralones la gente lo veía pasar asustado ¡No! Tenía que aparentar tranquilidad. ¡Tranquilidad! Las piernas le tiritaban. Más allá de los tabiques estaba el cerro. No podía subir mucho porque se haría visible desde lejos. ¿Y si no lo perseguían? Pero no, él vió a los agentes cuando allanaron la casa de Ramón. Lo sintió en el miedo que se le abrió en la carne. Entonces saltó el tabique del patio y huyó. Era por él. Sí, era por él.

Jadeaba; seguía corriendo. De pronto un enorme perro se puso a ladrar. ¡Perro maldito, cállate! El perro seguía ladrando y llamando

(1) Esta novela corta obtuvo el Primer Premio en el Concurso abierto por la Ilustre Municipalidad de Antofagasta, con ocasión de celebrarse la Segunda Semana de la Cultura.

la atención de todos. No podía correr más. ¡Cállate, perro! El suelo combado desaparecía a ratos y se equilibraba sobre la pierna mala. El perro lo seguía. ¿Lo seguirían también los agentes? Tomó una piedra y la lanzó. El perro chilló agudamente, pero no lo siguió molestando. Tenía sed. ¿Hasta dónde iba a correr? Se podía meter en uno de esos patios abiertos y decir: "Yo soy Rojo Muñoz, señora. Me persiguen. Escóndame, se lo suplico". Mucha gente estaba dispuesta a ampararlo. Pero, ¿cuál era? No tenía confianza. Se chupó los labios secos.

Una idea lo tranquilizó. Sí, claro: si lo persiguieran, ya habrían sonado las balas. Sin asco le habrían tirado. Claro, no lo perseguían. Mermó la carrera. Paulatinamente la convirtió en un lento andar acompasado. Por primera vez se atrevió a volver la cabeza. Todavía le tiritaban las piernas. El camino estaba vacío y se perdía detrás de las calaminas mugrientas. De súbito, cambió el curso de sus pasos y dobló por una quebrada trepando hacia el cerro. Sí, necesitaba pensar con más calma. Tenía que decidir qué le convenía. Pero apenas había subido unos cien metros alcanzó a ver un grupo que se acercaba por el mismo camino que traía antes. El corazón se le estranguló y los ojos se le nublaron. Debió seguir... seguir corriendo. Ahora lo pillarían. En un segundo se arrepintió mil veces de haber doblado. Miró el cerro pedregoso y árido. Sus faldas empezaban a trepar por una cuesta que se agarraba de los peñascos salientes. Estaba acorralado. ¡Maldita ocurrencia de subir! Empezó a arrastrarse. Un airecillo fresco barría la mañana. Pero pronto comprendió que si se arrastraba no alcanzaría nunca un buen refugio. ¿Pero dónde estaba el buen refugio? Corrió agachado hasta una curva de la pequeña quebrada. Ahí nadie lo podría ver desde abajo. Pero tal vez ya lo habían visto y se aprestaban a formarle un círculo para que no pudiera escapar. Tiritó. Lo agarrarían. Le pareció oír a un agente que gritaba:

—¡Aquí está... aquí está!

—¡Yo no soy Rojo Muñoz!

Y sintió una cachetada cruzándole la cara, porque tendrían que pegarle.

Unos deseos enormes de asomar la cabeza empezaron a circularle por las venas del miedo. Pero tenía que mirar si quería saber cuál era su situación. Le costó decidirse. ¡Caramba, cómo crujían las piedras! Trepó la loma cautelosamente y se dispuso a buscar. Tenía los ojos vacíos, no podía distinguir las cosas. De repente encontró al grupo. Había dos hombres frente a una de las puertas de los corrales y los demás andaban en otras casas o dentro de los patios. Seguramente preguntaban por él. Se puso rígido, quieto, muerto por dentro. Sería preferible bajar y entregarse. ¿Hasta cuándo iba a durar eso? Tenían que pillarlo.

—Yo soy Rojo Muñoz, pero no me peguen...

¿Lo conocerían? ¿Sabrían cómo era él? Dudó. Los agentes siempre lo sabían todo, por eso lo andaban buscando. Ahora el grupo seguía avanzando. Se escondió. La sed le hacía paladear un algodón áspero.

Tendido en el fondo del refugio le pareció que los minutos eran menos tensos. Así se quedó un rato. ¿Cuánto se demorarían los agentes en descubrirlo? ¡Maldición! Oyó unos pasos. Los pasos venían sonando desde arriba, desde la cuesta abrupta. Los oyó claramente: eran varios. Venían corriendo.

Se apretó cuanto pudo contra la tierra seca. Los pasos se acercaban demasiado rápidos. Oyó voces en gritos, una especie de alegría soltada al aire. Ya, ahora tendrían que descubrirlo. No podía contener la respiración sonora y el cuerpo se le llenaba de un hormigueo tembloroso. Jadeaba. Pero los pasos y las voces pasaron por la pequeña ladera opuesta. Los sintió alejarse tan rápidos como habían venido, corriendo confiados. No, no podían haberlo visto. Tampoco podían ser los agentes. Se asomó de nuevo. Eran tres hombres jóvenes que venían del cerro. Allá abajo estaban los agentes todavía. Ahora los miró con más tranquilidad. Observó también que en cuanto el grupo vió a los tres hombres jóvenes, salieron a atajarlos. Todo sucedía vertiginosamente. Los rodearon. Seguramente cruzaron pre-

guntas. Una risa nerviosa lo acometió. Sí, él estaba ahí, a cien metros y no lo advertían. De pronto el grupo se deshizo. Los muchachos se fueron y los agentes empezaron a bajar por una calle. Sintió que la sangre le principiaba a subir arrastrando de a poco el raudal de la vida. Estaba solo, vacío, abandonado como si ya no tuviera importancia.

Se tendió de espaldas, completamente cansado. Le ardía la garganta. Pero no sintió tranquilidad. Tenían que pillarlo. ¿Sería mejor entregarse? ¡Cuánto duraba todo esto!

Desde lejos llegó vagando el pitazo de un tren. La línea estaba muy abajo y el tren se acercaba a la estación. Seguramente allá había otro grupo atento a que él no se bajara del tren. La sensación de estar acorralado lo atrapó de nuevo. Desde hacía tres días le ocurría lo mismo. Primero tuvo que pasarse un día y medio tendido en un entretecho. Las costillas le dolían y los huesos le sobaban dentro de la carne. Pero era preferible eso a caer preso. Nadie en todo Chuqui sabía su escondite. Nadie, porque se lo buscó él mismo y anduvo con suerte al encontrarlo. Pero tuvo que salir de ese agujero corrido por el hambre y por la sed. No se puede estar tendido eternamente en un entretecho. Los huesos habrían terminado por estallar. ¡Chuquicamata! Los pensamientos le dolían. Todo ese día y medio tuvo sed y ahora también la tenía.

Cuando salió del escondite, lo primero que hizo fué arriesgarse hasta una casa amiga a pedir agua.

—Doña Aurora, abra... soy yo: Rojo Muñoz.

La voz le temblaba y le salía demasiado fuerte. Ya lo perseguían y ya estaba acorralado. Tenía que hablar bajo para no despertar a nadie más. Estaba amaneciendo.

—¡Doña Aurora!...

Tiritaron los vidrios de la ventana y al fin sucedió todo. ¡Qué buena viejecita era doña Aurora! Ella le contó que Mena estaba preso y que continuaban relegando gente de los sindicatos. Entonces decidió arrancar. No, a él no podían pillarlo. Pero desde entonces estaba acorralado.

Le molestaba evocar, pero los recuerdos eran lanzas intrusas clavándole el alma. Mejor era pensar qué debía hacer ahora. Pero, ¿cómo huyo de Chuqui? Las escenas se le borraban. Estaba amaneciendo, sí, y él caminó desde esa hora hasta las once de la mañana, más abajo del retén de Calama, donde detuvo al camión. Estaba cansado y tenía hambre, ya no podía seguir sólo. El chofer se portó bien. No le hizo preguntas y apenas le cobró lo que pudo pagarle. En Unión fué la primera parte donde le arreció de veras el miedo. Todo estaba vigilado, pero quién sabe por qué capricho no registraron el camión. El chofer le llevó café caliente y después, en Baquedano, lo hizo bajarse y pasar a pie el pueblo por detrás de la estación. El lo esperó a la salida. Si no lo hubieran hecho así, habría caído preso. ¡Esa fué una gran idea! Después el camión emprendió una carrera loca. Pero eso no importaba. Detrás de cada curva él esperaba que apareciera una pareja y detuviera el camión. ¡Diablos, ahí no había escapatoria! ¡Que no suceda! ¡Que no suceda! ¡Favoréceme, suerte! Así llegaron a la cumbre del salar. No se acordaba bien si era la tarde o era la noche. Y desde ahí bajó a pie, orillando el cerro, ocultando su bulto, hasta que llegó a la casa de Ramón. También la puerta estaba cerrada.

—¡Ramón!

—¿Quién friega a esta hora?

—¡No hay nadie!

—¡Ramón!

Al fin la puerta se abrió. Ramón tenía la noche pintada en la cara, una noche hecha de sueño y de modorra. ¡Diablos, al principio no quería recibirlo!

—No, no. Me van a allanar la casa. También te buscan aquí en el puerto, Rojo Muñoz.

—Déjame descansar un rato. ¿Dónde está Marabolí?

—¡A esta hora! —alegó Ramón de malas ganas.

Accedió, pero tenía razón porque le habían allanado la casa.

Estaba acorralado y además estaba barbón y sucio. La gente que



lo viera tenía que asustarse. Sí, ahora tenía que encontrar a Marabolí. Eso debí hacer. Era el único amparo que le quedaba.

Se asomó otra vez por el pequeño promontorio. Sentía el cuero seco y le dolía el cuerpo, pero un poco de agua le calmaría la sed. ¿Y si la pidiera en una de esas casas que estaban a cien metros?

—¿Por qué no me da un poco de agua, compañero?

—¡Este es Rojo Muñoz! ¡Aquí está Rojo Muñoz! ¡Lo andan buscando!

—No grite, hombre. Nadie niega un vaso de agua.

Pero la voz chillaba como un demonio.

No podía pedir agua. Para ir donde Marabolí tenía que bajar y caminar hacia el sur. ¿Cuántas cuadras?

Se decidió. Desde el camino veía ahora las inmundas viviendas de esa gente que se arrinconaba en los cerros. No, allá en Chuqui no se ve tanta miseria. Volvió a temblar. Ahora tenía que verlo la gente y alguien podía conocerlo. ¿Lo conocería la gente? Hacia la franja distante del mar la ciudad tenía una estampa aplastada y descolorida. Unos barcos mostraban sus líneas junto al largo malecón del puerto.

Agachó la cara, apretó los brazos y caminó. Caminó con desesperación, con rabia, con una angustia que le hería la sangre. Ya no le importaba nada. Caminó como si fuera al encuentro de un precipicio desde el cual debiera saltar para siempre. Saltar sin llegar nunca al fondo. Caminó una eternidad las pocas cuadras de distancia.

Cuando llegó, tenía la cara arrugada, cruzada por mil chicotazos estridentes. Supo que no estaba Marabolí y le dolió el gesto de espanto con que la mujer lo miraba.

—Déjeme esperarlo, señora... por favor —agregó con blandura.

Entró a una pieza. Bebió con ansias, bebió, bebió varias veces. Pero nada lo saciaba. Tenía ganas de llorar, de reventar. Sentía que era el centro de un torbellino que giraba con crueldad sobre su cabeza. Le parecía que estaba luchando contra el destino.

HUELLA ROTA

Ahora Rojo Muñoz estaba en el pequeño cuarto de la casa de Marabolí. Estaba derrumbado sobre una silla, y la puerta entreabierta le dejaba ver a lo lejos una sucesión de techos desteñidos y viejos. Había almorzado lo que esa buena gente le sirvió. Le molestaba un poco la tirantez nerviosa que lo estaba carcomiendo; sin embargo en este rato intentaba abandonarse a una suave dejadez negligente. Un ramalazo lo llevó a pensar en lo que debía hacer. Nada, absolutamente nada mientras Marabolí no regresara con el plan organizado. Otra ráfaga le volteó el pensamiento. Vaciló, dudó un rato. No, no. Eso no debía pensarlo; él no tenía por qué pensarlo. Pero la idea insistió: “¿Y si Ramón lo delataba?”... “¿Si fuera un buen cobarde?” ¡No, eso no debía pensarlo él! Fué a detenerse otra vez en la puerta entreabierta y de nuevo miró los techos aplastados bajo el sol. Luego caminó hasta la cama con ganas de tenderse un rato y de dormir. ¡Cuánto tiempo había pasado sin dormir con todas sus ganas!

Pero no dejaba de ser un mérito en su vida esto de andar enredado en estas dificultades. ¡Eso era cierto! También era cierto que en otra ocasión ya había tenido que viajar; sólo que esa vez él iba relegado a alguna parte del sur y con rumbo desconocido. ¡Esos eran méritos! Además, en ese viaje se hablaba de gente muerta y de presos que no volvían jamás. Entonces tuvo un poco de miedo por su pobre pellejo. ¡Caramba, el hombre sufre, pero no se cansa de guardarle cariño a sus huesos!

Ahora estaba tendido, con la cabeza al ras de la cama y con ese cosquilleo nervioso jugueteándole por ahí. Quiso cerrar los ojos y dormir, pero otro ramalazo lo llevó hasta el cerro de Chuqui. Le pareció posible que en ese mismo instante se pudiera meter de nuevo entre esas casas bajas o esas anchotas calles que siempre tenían por fondo una montaña de espaldas fornidas o un valle donde el sol se adormilaba todo el día. Sí, eso era Chuqui: ¡una montaña de espaldas fornidas!

Un vientecillo nervioso le sopló en ese momento la hoguera de la memoria, reavivándola, y pudo reconocer en cada detalle la escena de cuando los obreros decidieron la huelga. Era una fila larga, interminable. La gente se apretujaba en el desfile y los gritos se llenaban de vigor. Muchas banderas incendiaban la sangre y los pensamientos. El también iba ahí, apretujado en la fila; sólo que ahora se podía mirar a sí mismo casi en la cabeza de la columna que avanzaba. Eso era una huelga: mucha gente... una fila interminable que acomete, como si emprendiera una jornada o como si tratara de conquistar.

¡Cosa curiosa! pensó luego... pero se arrepintió. ¿Por qué son tan duras las camas de los pobres? Algo había ahí que le torturaba los huesos, aplanándolos. Hasta que con un giro brusco se puso de costado y pudo pensar de nuevo.

¡Cosa curiosa! ¿No había una huelga el día en que apareció por primera vez en ese viejo mineral de Chuqui? Pero de esto habían transcurrido por lo menos veinte años. ¡Sí, por lo menos! Ya lo recordaba... Llegó a pedir trabajo sin conocer a nadie, empujado casi por un capricho, y se encontró con ese infierno vibrante. ¡Ah, sí! Primero tuvo que hablar con mister Tichman para conseguir algo (...¿Mr. Tichman? ¿Así era? En fin, o algo parecido). Pero precisó con detalle la figura larga y huesosa del gringo.

—¡Oh? ¿Quiere trabajo? ¿Ahora... ahora? —le preguntó. Al pronunciar las palabras se le habían atravesado algunas letras. El se había limitado a escuchar lo que el gringo quisiera decir con esos ojos tan expresivos y con esa cara tan flaca.

—Espere un momento... espere un momento —y desapareció de la minúscula oficina donde le tocó abordarlo.

Esa espera sí que fué una suerte. Porque no se trató de un momento ni de nada parecido: fueron todos los días de la huelga los que hubo de esperar. ¡Eso fué una suerte! En cambio, alguien lo llevó a que se alojara en la Ciudad Perdida. ¡Caramba! El venía de una oficina salitrera, pero esto era peor. Se le metió entre los ojos el lote de casuchas plomizas, hechas de calamina, en cuyo interior

sombrío y estrecho se hacinaban hasta quince hombres botados por el suelo. Y esas caras arrugadas de gestos agrios que se le clavaron en el ánimo cuando entró a su cuarto.

¡Caramba! El estaba acostumbrado a la pampa, pero esto era algo más chocante. Esas noches, mientras medio dormitaba, escuchó muchas veces que el silencio hecho de sombras se rompía en ayes mortales o en grescas alborotadas. Sólo después supo lo cierto. Ese era el barrio de peor fondo en Chuqui, y quien lo llevó, no consiguió cumplir las intenciones que tuvo al ampararlo. En ese barrio estaba el Hotel Spícula, desde donde los maleantes se atrincheraban a balazos contra la policía.

¡Ah, sí, pero fué en esa huelga que él llegó a Chuqui!

¡Demonios, ahí estaba otra vez esa maldita cama aplastándole los huesos! Cuando cambió de postura, el cuarto entero semejó girar vertiginosamente hasta que se detuvo con su ventanuco cerrado frente a sus ojos. Los vidrios se tragaban un pedazo de cielo brillante. Rojo Muñoz enarcó una ceja para mirarlo mejor. Pero los nervios le siguieron tironeando el fondo conmovido de sus pensamientos. Eso era justamente un volcán con ansias de botar todo lo que tenía en la cabeza.

—¡Ah, sí! ¿Pero por qué motivo estaba en huelga? —se habló a sí mismo con una voz que pudo ser de apremio. Tenía las manos húmedas de transpiración. Sólo vino a notarlo cuando sintió el contacto en su cara caliente.

Ya, ya... Sí, fué en la tarde de ese mismo día, cuando Mr. Tichman (¿Mr. Tichman?, o algo así) lo dejó plantado esperando. A esa hora el sol era todavía un baño seco y aplastante. También el viento quería empujar las espaldas fornidas de la montaña. El mismo Terencio Herrera le contó la causa. Y esto era verdad porque Terencio dirigía un grupo. Los obreros querían formar un sindicato. Estaban en su derecho, amparados por la ley. En cambio, la compañía alardeaba de ser generosa con las sociedades mutualistas de los obreros y el argumento de valía de razón para impedir lo del sindicato. ¿Razón? Tampoco él había entendido al principio la necesidad de

un sindicato ni la urgencia de una huelga. Nadie sería capaz de comprenderlo, a menos que alguna vez haya estado aplastado y con ganas de zafarse. Sólo ahora entendía bien. Mejor dicho, los años y las miserias le habían revuelto las entrañas hasta atornillarle en la sangre esa idea. De otra manera nadie sería capaz de sentir la necesidad. ¡No! Una huelga no es más que las ganas colectivas que siente la gente de salir de un aprieto.

¡Pero tampoco fué así! Ellos estaban en huelga, pero no por lo del sindicato. Esa mañana... esa mañana... ¿Qué ocurrió... cómo fué?

De pronto le pareció que sus pensamientos giraban como un tronco que revuelve los colores, y luego las ideas se le iban en ondas concéntricas, como sucede cuando una piedra cae al agua. ¿Cómo fué? Las ideas se le iban pajareando sobre los círculos. Sintió que le ardían las sienes y que la cabeza le quería estallar. Algo debía andar mal en su cuerpo para que los nervios se revolvieran de ese modo. De nuevo se pasó la mano por la cara congestionada y volvió a sentir el contacto húmedo. Pensó en dormir un rato, pero la misma excitación le apuraba los recuerdos.

Algo tironeó un hilo que, a su vez, hizo sonar una campanilla allá en el tiempo: eso era recordar. Rojo Muñoz se incorporó un poco arreglando el hueco de la espalda que otra vez le dolía y luego atropelló su propia memoria. ¡Sí, así había sido! Ocurrió que esa mañana... ¡Oh, cómo se podían olvidar esas cosas!... Esa mañana muy temprano los agentes de la compañía golpearon en las casas de los que dirigían la conquista del sindicato, con órdenes de echarlos del mineral. La gente contaba que a muchos los despedían así. Venían con un camión, le desocupaban la casa y, luego, ¡a botarlo al camino! Esto se lo contó el mismo viejo Terencio, y hasta le pareció ubicar de nuevo la cara plana de Herrera. Así fué. Cuando él llegó, en la tarde, tuvo ocasión de escuchar lo que hablaban los obreros.

—¿Que no ven que son los dirigentes que estudian las leyes sociales?

—¡A! ¿Y por eso los echan?

—¿Y qué más puede ser?

—Yo estaba creyendo otra cosa. Como así echan a los que son gente mala...

—También. Por eso ahora tenemos que defendernos.

En los diálogos se hinchaban los ojos conmovidos y las palabras cobraban urgencia de afirmar.

Entonces comenzó la huelga. Fué la primera vez que Rojo Muñoz presenció un hecho tan conmovedor. En el recinto grande de la cancha se habían juntado no menos de cinco mil hombres cuando él se enteró de los detalles. Esto lo presenció con asombro porque fué la primera emoción que le brindó su vida obrera. El estaba demasiado atrás, en los grupos, y negreaban hasta muy lejos los racimos de cabezas atentas a los discursos. Las palabras llegaban sólo a ratos, cuando el viento dejaba de empujar, y llegaban como desmoronándose o como si se desgranaran en puñados vacíos. No por eso las caras dejaban de estar arrugadas, afirmando la fijeza de los ojos.

Pero ¿qué sacaron? ¿Qué obtuvieron con la huelga?

Se rascó la nuca y se acomodó de nuevo.

En esos tiempos eran dueños de las leyes los que podían dictarlas y, además del mando, eran dueños de la fuerza. Tampoco los obreros sabían lo que significa la unidad. Además, resultó que en la compañía organizaron la milicia cívica y ahí estuvieron con sus armas velando el sueño de los motores y de las máquinas. Las grandes máquinas parecían fantasmas ensombrecidos y los guardias semejaban centinelas del silencio. ¿Qué sacaban, entonces, los obreros con tener el gesto agrio y los brazos colgantes? Y como si todavía fuera poco, llegó tropa de Calama a defender el campamento extranjero ¡y también algunas viviendas chilenas!

¿Qué sacaron?

¡Ya, ya: eso obtuvieron!

En cuanto terminó la huelga, la compañía despidió a la gente que siguió trabajando al amparo de la guardia. ¡Ja, ja! La despidió porque era la mejor manera de protegerla contra los que se sentían traicionados.

Otra vez su pensamiento hizo un giro completo en la oscura cárcel del cerebro. Por un instante le pareció que un telón le oscurecía la cabeza. En seguida estiró los brazos y habló tan fuerte como si golpeará un metal sonoro.

—Desde ese día tuve trabajo. ¿Por qué me mandarían a la sección palas?

—¿Por qué, Mr. Tichman?...

Sintió que ahora la flojera le pasaba sobre todo el cuerpo. ¡Cómo habían pasados los años! ¡Veinte años desde la primera vez que le tocó presenciar una tronadura! Sin duda que esa era la explosión más grande que jamás había visto. En esos veinte años la costumbre diaria le había borrado su importancia. Pero nadie podía negar que esa primera tronadura fuera incomparable. ¿A ver?... (allá lejos, una luz muy potente enfocó su fuerza en aquel hecho distante, y tal como si lo proyectara, lo pudo mirar en la memoria) ¿A ver?... Le pareció estar cerca de la mina —la montaña de espaldas fornidas— que la técnica de explotación había rebanado en inmensos escalones en toda su falda. Todo eso era de cobre. Porque no se trataba de una mina con piques profundos ni galerías subterráneas donde los hombres, convertidos en topos, escarbaran la oscuridad. Nada de eso. La mina estaba bajo el sol y la técnica era derrumbar el cerro entero. ¡Sí, eso era! Fué cuando recién llegó a trabajar en las líneas férreas cambiables. Estaba de cara al valle cuando la tierra bramó. Porque tampoco fué una explosión. Se aborrascó la cara parda del cerro; lanzó un quejido estertoroso y luego se remeció hasta las entrañas mismas de su seno. Mil colores se violentaron entre las grietas como ráfagas fulminantes. Pero luego una inmensa nube terrosa apagó la herida. De salto en salto, de eco en eco fué bajando la explosión hasta perderse en el valle. Así habrá pasado por el caserío de Chuqui y habrá ido a morir al desierto.

Después de un rato, Rojo Muñoz tenía todavía el estupor en la cara. ¡Diablos!, pensó. Pero la tierra deshecha, abierta en cuajo, mostraba el mineral fragmentado en colpas y peñascos, casi hechos para las "sacas" que habrían de tragarse los convoyes de acarreo.

—¿Se asustó, amigo? —lo saludó un veterano que lo tenía a su encargo.

—¿Que me asusté? —todavía estaba sordo.

—Si son cien mil toneladas de roca las que se movieron. ¡Cien mil!

—Podían avisar entonces.

—Ya se irá acostumbrando.

Y veinte años habían pasado así en que cada día otro tiro removía otro tanto. Esto sí que podía llamarse una mina. ¿Y qué le impedía ser la más grande del mundo?

Las paredes del pequeño cuarto estaban barnizadas de silencio y de viejas manchas descoloridas. Una raya inmensa se descolgaba desde un clavo donde quizás en qué tiempo estuvo durmiendo un cuadro. El papel manchado de flores desteñidas, arrugaba las manchas y quería zafarse del clavo intruso. En las noches el cuarto crujía de frío, pero tal vez no sólo era por el frío sino también por la pena de las flores marchitas.

Rojo Muñoz botó una mirada indolente sobre las paredes, y también botó un suspiro. ¡Y veinte años habían pasado así! Pero ¿era que ahora la cama no quería aplastarle los huesos? ¡Ah, qué bien podía estirarse en el camastro de fierro! Los veinte años se habían desarrollado como una cuerda floja y lenta que a ratos dejara chicotazos feos, pero que jamás se olvidara de amarrarlo al mineral.

¡Chicotazos que dejaban verdugones! Por ejemplo... por ejemplo... Otra vez el vientecillo atizó el fuego de la memoria: ¡Por ejemplo?...

Estiró una mano hasta tocar un larguero.

¡Por ejemplo! Eran las tres de la tarde cuando él terminaba su turno. Todo el día había pasado afanándose entre los fierros de los rieles o afirmando durmientes para una nueva línea. Todo el día, desde las siete de la mañana, a tres mil metros de altura y frente a la cara del viejo Guajardo. Esto último era lo peor: no en vano le decían "Dulzura". Pero a las tres ya quedaba tan libre como el pitazo que subraya el turno y, en cambio, otros obreros tomaban sus

puestos. También era el rato de las noticias y de las conversaciones.

—Ey ta tu trabajo. Ahora qu'está manosiao y más sobao que una hembra te lo venís a servir. Así les gusta a Uds.

—En cambio a vos te gusta el turno'e siete porque los viejos no pueden dormir en la mañana.

Solía haber una sonrisa que pestañaba en la cara curtida de los bromistas.

Pero esta vez la noticia fué seria.

—¿Que si hay algo de nuevo en el campamento? —respondió el de la noticia repitiendo la pregunta—. ¿De nuevo?... Ya está pasando todos los días esta novedad. Que ahora la guardia eligió a Luis Navia para flagelarlo. Dicen que lo llevaron al ripio y allá le dieron a su gusto.

—¡A Luis Navia, el de las palas!

—Cosas del "Ajicito" son esas porque, según dicen, el castigo fué por subversivo.

Esa fué la primera vez que un raro escalofrío de anuncio le bañó el espinazo. La guardia especial, en lugar de ser un cuerpo de policía, tenía para los ojos de los hombres una fisonomía de crueldad y de abusos. Los gringos de la compañía se servían de ella como si fuera una huasca contra la gente. Que a veces llegaban a una casa y la atropellaban, alegando autoridad o aduciendo que se trataba de algún robo por ahí cerca. Otras veces el motivo era un obrero, a quien castigaban por que éste no se callaba las cosas desagradables contra los jefes o porque predicaba entre la gente ideas nuevas. ¡La guardia especial... el "Ajicito"... no podía tener mejor nombre la serpiente!

Rojo Muñoz arrugó la cara como si le doliera pensar.

Estaba tan cansado esta tarde que casi hubiera preferido botarse de espalda en su pequeño *camarote* del *Buque* donde ahora se alojaba. Porque la faena a pleno cerro tenía una cara más fea que "Dulzura", su capataz. Pero se decidió y alegando flaquezas llegó hasta los ripios.

Nunca comprendió más tarde por qué cometió ese absurdo. ¿Qué

lo llevó a esa hora hasta el terreno? Porque el castigo había sido temprano, en la mañana, y de esto no quedaban sino rastros y comentarios en el campamento. ¡Quién sabe qué sería del mismo Navia en este rato! ¡Quién sabe! El hecho es que ahí no había más que tierra y un camino angosto a un costado del enorme cerro circular que iban formando los desperdicios estériles del mineral.

Una piedra grande lo convidó a descansar y ahí estuvo desnudando el tiempo mientras rumiaba el sabor de sus problemas y tragedias.

El "Ajicito" era un hombre bajo, fornido, de gesto ceñudo. ¡Cómo le habrían pegado al pobre Navia! Cierto es que este último solía vender "La Lllamarada" cuando llegaban diarios del puerto. Esa era la causa. ¡Cómo le habrían pegado! Luis Navia era un hombre flaco, huesudo y resuelto. Por eso el "Ajicito"...

Pero le pareció bonito deshilar el tiempo imaginando audacias y previniendo castigos. Vender "La Lllamarada" era una audacia. Ese pedazo de cerro seco, lejos del caserío, parecía invitarlo a pensar en grandezas y miserias. Se ve vibrante la tierra en el atardecer. Pero a pensar y nada más porque a esa hora, quizás si el mismo Navia ya se había olvidado de su miseria. Así es la lucha.

Quizás si fué por eso que, a pesar de estar cansado, buscó un lado bueno y subió por el faldeo de los ripios. Remontar ahí era difícil: una verdadera prueba. ¡Caramba, pero valía la pena! Desde ese costado la vista quería arrancarse hacia la montaña que enfrentaba. A un lado parpadeaban las luces del campamento. Las casas chatas, simétricas, aplastaban su fisonomía en medio de la amplitud. En otra parte, como pequeños cubos de juguete o como un palomar enorme, otro aspecto de la población se acurrucaba en la ladera. Los techos querían pajarear de filo contra el viento. ¡Eso era realmente hermoso! Largos trenes conducían rumas enormes de cobre. Lámparas verdes o luces rojas rayaban señales en la inmensidad. Sobre el aire diáfano se amasaba la estridencia de los ruidos. ¡Eso era algo más que imponente! ¡Cómo los hombres habían conseguido transformar de tal manera la montaña de espaldas fornidas! Entretanto,

hacia el valle, la oscuridad brillantaba el chispeo de las luces de Punta de Rieles. ¡Ah, qué pueblo de tanta lujuria!

¡Punta de Rieles! Esto sí que podía justificar la cara agria del "Ajicito". Y también ese camino que ahora estaba mirando. Porque Punta de Rieles era algo así como un gran prostíbulo, con calles y comercio, donde la gente se había puesto de juerga en tiempos remotos y aún no terminaba de saciarse. Los obreros recorrían, por la tarde, los tres kilómetros desde Chuqui. Les ardía en la sangre el deseo de esas mujeres con gusto a borrachera.

¡Oh, por qué mataron Punta de Rieles! Porque a Punta de Rieles lo mató la compañía. Esta era venganza; venganza de los hombres y venganza del destino. Este pueblo era el culpable de tantos crímenes, de tanta gente desaparecida en el misterio de sus noches alborotadas, que un día el cuchillo cayó sobre su carne viciosa.

Así fué la venganza del destino.

Ahora Rojo Muñoz recordó caras y nombres. Ahí estaba la cuerda floja amarrando los veinte años al pasado. ¿Qué sería de la "Olla del Pobre". ¡Ah, qué hembra para un buen macho! Una noche, él mismo... Bueno, ése era asunto íntimo.

En la cara el halago le violó un secreto. Pero qué raro resultó eso de que un gringo se casara con ella. Sí, un gringo de Chuqui.

Eso fué en una juerga allá en... ¡Oh, qué cosas!!

¿Y lo del chino muerto?... ¿Cómo se llamaba el chino?... ¿Cómo? Bueno, eso no tiene importancia (la cuerda de los veinte años quería cortarse, hasta que de repente vino un nuevo nudo). ¡Yal Ahí sí que el "Ajicito" habría tenido razón. Eso fué una noche en que dos rotos tenían sed. ¿Habrá un par de rotos que no hayan sentido sed en una noche de Punta de Rieles? Pero ellos ya no tenían plata y hasta los vasos estaban vacíos en el burdel de este chino, donde ellos eran los únicos ganosos. Tal vez la sed... tal vez la maldad... pero algo les metió la idea (Rojo Muñoz se imaginó las caras de tormenta de ese par de rotos zafios, acicateados por el deseo). Tal vez fué la perversidad, que en estos cerros se mete hasta en la sangre... lo cierto es que uno le propuso al otro: "¿Y si matamos

al chino pa cumplir con las ganas del cuerpo?" (¡Oh, qué gente bárbara!). Y como en estos trances siempre la voluntad está al servicio de la ocasión, resultó que el chino tuvo que cumplir ahí mismo su contrato con la vida.

Pero aquí saltó lo grande porque la sed se les convirtió en espanto. Aunque se trate de esta pampa y por muy chino que sea, siempre es un cristiano. ¡Ese par de ojos vidriosos bajo la noche barrida por el viento! Del espanto es fácil pasar al arrepentimiento y así el corazón se pone blando. Tal vez uno le preguntó al otro: "¿Y ahora?"... Y el otro le contestó: "Somos recriminosos, compadre". Por eso fué que prefirieron ocultar el cadáver y se fijaron que, en el patio, la tapia de la vecindad estaba como insinuándoles lo que debían hacer. La tapia era baja y ellos, rotos forzudos. Uno lo tomó de los brazos y el otro de los pies. El cuerpo pesaba, muerto, se balanceó en el aire antes de caer, por sobre la tapia, al patio de la vecindad. Al otro lado sintieron un rebote como de culpa vieja que se derrumbara con estrépito. Entonces, ellos ya libres, arrancaron por el camino a Chuqui. El viento barría la oscuridad de la noche. Pero el asunto quería enredarse porque los vecinos sintieron el rebote de la culpa dura. ¡Qué susto habrá tenido esa gente cuando encontró en su patio el cuerpo lacio con los ojos vidriosos! ¡Qué susto!

(Rojo Muñoz no podía imaginarse que la gente razonara tan mal, porque aquí viene lo absurdo).

¡Tal vez fué el pavor! Lo cierto es que los vecinos —otro par de hombres remachados— no atinaron sino a desligarse del muerto. Total, en esta tierra ser delator está muy cerca de ser poco hombre. Y así, otra vez el cuerpo lacio, con su par de ojos vidriosos, se balanceó en el aire antes de caer como culpa vieja al otro patio de la vecindad.

Al otro patio, al siguiente, porque tampoco era cosa de regresarlo al primero. ¿Cómo se iba a enredar la aventura, entonces?

El viaje del muerto terminó en este último golpe y aquí mismo comenzó el azar de las preguntas. La justicia, como una vieja miope

y lerda, perdía los anteojos o trastabillaba en el embrollo de los hilos.

Este vecino alegaba que lo había encontrado ahí, en la mañana, sin sospechar cómo pudo volar desde tan lejos. En cambio, los del partido de la vieja miope se empeñaban en considerar ese patio como el lugar del crimen.

Y aquí viene el caso a ponerse gracioso, porque el par de rotos que esa noche tenían sed, entraron a sospechar que ellos, de puro forzudos, sin ninguna ayuda fueron capaces de lanzar el cuerpo hasta donde lo hallaron.

—Yo le ije que rempujara juerte, pero usté l'echó con l'olla.

—Y qué le voy'hacer. pu. ¿Qué no ve los bracitos que me gasto? Pa algo me han servir, digo yo.

El ramalazo del recuerdo traía formas y las alejaba como en una danza desacompasada. Dibujaba escenas que luego se perdían en la bruma de la memoria. El tiempo se escurre de las manos como una arena blanda. Los años son un largo camino cuya huella siempre se quiere repasar. Otra vez Rojo Muñoz sonrió con un halago dulce y acariciador: “¡Aquí sí que el “Ajicito” habría tenido razón!” pensó.

* * *

Rojo Muñoz se interrumpió bruscamente como si algo hiciera cambiar de súbito el curso de sus pensamientos. ¿Qué hora sería? ¿Cuánto rato había pasado? Los nervios le estiraron ahora la inquietud de saber algo de Marabolí. ¿Qué planes estaría trazando? Ah, si se le ocurriera a Ramón delatarlo. Podía suceder que le pegaran, que lo obligaran a confesar. No, no; Ramón no habla, se tranquilizó. ¿Qué hora sería?

Se encogió un poco, tal como si fuera a dejar la cama, pero se arrepintió. Estaba verdaderamente nervioso.

Por más que la puerta entreabierta tragaba un poco de aire, la pequeña pieza parecía un horno. El calor bajaba del techo aplastando las cosas.

Junto a la cama, en un velador arrimado, había una botella de agua. Un vaso sucio la acompañaba. Escogió la botella y, acomodándose un poco, tragó algunos sorbos. El agua también estaba tibia.

En ese momento se oyó a la distancia que una campana desgajaba un aleteo de metal, acompasado y sonoro. "Debe ser la hora", pensó concentrando la atención. Después del aleteo metálico sobrevivieron tres sonos claros, vigorosos, distanciados. Esto lo tranquilizó. "Es temprano", pensó luego.

Ya podía intentar otro rato de sueño. ¿Dormir? Los nervios le bailaban en todo el cuerpo. Y se estiró con ganas, midiendo el catre entero. Ahora tenía tiempo, en cambio, el sueño se le arrancaba.

¡Cómo había deseado eso en las montañas de Chuqui! Su turno le exigía levantarse por lo menos a las cinco y media, en plena noche aún. Tenía los párpados de plomo y la cabeza hecha un fardo. ¡Qué ganas de dormir un siglo entero! Pero algo lo llamaba desde adentro, desde el mismo sueño.

—Levántate, Rojo Muñoz. ¡Hay que hacerse hombre!

—¡Oh... qué ganas!

Mirando así su vida hacia atrás, tenía la sensación de haber luchado mucho. La vida era eso: una cochina guerra contra los días, contra las cosas y contra los hombres. Pero mediante esa cochina guerra había llegado a ser dirigente obrero. ¿Cómo lo había conseguido?... ¿Conseguido? ¡Malo! El no lo había conseguido. Esas cosas son como la corriente: empujan y el hombre tiene que seguirlas. ¿Cómo lo habían elegido a él entonces? Eso era distinto, pero muy difícil de saber. La vida de un hombre es siempre una historia tan larga, tan llena de pequeños eslabones. Estas pequeñas cosas son las que hacen al hombre. ¿Sabría alguien explicarse cómo consiguió la posición que actualmente goza? Cuando una vida se mira a la distancia de su propio camino, las pequeñas cosas desaparecen por completo y sólo queda la mancha borrosa del recuerdo. "¿Cómo?", insistió pensando en lo suyo. Tal vez por simpatía... por gusto... ¡hasta por casualidad! Ahora parecía que todos los detalles habían coincidido para que él —siempre él— llegara a ser dirigente.

En primer lugar... (Oh, se interrumpió. La botella del agua y el vaso sucio lo llamaban de nuevo. Estiró el brazo y la botella hizo un giro hasta sus labios gruesos. Tuvo que tragar abriendo un poco la boca, con lo cual no pudo evitar que el líquido se derramara hasta la cama. Después que dejó la botella, palpó la humedad con la cara y se arrellanó como si recibiera una caricia. Era un día intensamente caluroso).

En primer lugar, esa mañana del accidente... (una súbita conmoción nerviosa lo amarró entero. Esa mañana él había estado al lado de la muerte, frente a la muerte). ¡Oh, cómo hay gente que no comprende! (procuró reconstruir y tuvo la impresión de que los nervios sólo le permitían recoger escenas dispersas. Habían pasado tantos años. ¿A ver?...). Fué en el turno de las siete y el acababa de acomodarse para empezar a trabajar. Estaba junto a Luis Jiménez y a Gilberto Pérez. Los tres formaban un grupo dentro de la cuadrilla. Más allá, pero en el mismo corte, estaban Emilio Díaz, Pedro Ramírez y Ernesto Rodríguez (las ideas le punzaban como si fueran astillas enconadas). Siempre recordaba la escena de esos hombres desprevenidos, medio encorvados sobre las cosas que estaban haciendo. Así los sorprendió la explosión. Porque fué un quejido brusco que arrancó de la tierra y remeció la montaña entera. Las visiones siguientes, espasmódicas, mortales, sucedieron vertiginosamente como llamarazos. Un grito desesperado anunció tarde la desgracia. "¡El tiro hizo explosión este brazo!" (¡Oh, eso, lo tenía tremendamente grabado dentro de los ojos!). Un golpe seco lo botó, pero todavía alcanzó a ver cómo caían Jiménez y Gilberto Pérez. Sin embargo, no sintió que caía, sino que la tierra se le venía encima. Toda la tierra se revolvía hirviente. Después la montaña rodó con un estrépito de mil truenos enfurecidos. Pero él ya estaba inerte, metido en un sueño de sombras inútiles.

¡Quién sabe cuánto duró eso! A él lo despertó una voz que venía desde muy lejos, bailando entre tinieblas. "...Otro, aquí"... La voz no alcanzó a tomar consistencia antes de que unos brazos lo alzarán. ¡Cómo le dolían los oídos! ¡Quién sabe cuánto rato duró!

Al principio no tuvo noción exacta de lo que había sucedido. Sólo que las manos que lo levantaron se empeñaban en descubrirle heridas. ¡Oh, algo le dolía mucho en alguna parte! Ese flanco del cerro era un hacinamiento de escombros sollamados. Hasta que por fin las mismas voces lo fueron despertando. Era una sensación de venir saliendo de un hoyo muy hondo.

Mejor no hubiera sido. La montaña humeante, a pesar del rato, era todavía una nube terrosa y espesa, pero dejaba ver por entre sus parches de luz esos cuerpos desangrados y esos miembros deshechos que aún conservaba dentro de los ojos. La vida parecía diluirse y sólo algún quejido vago lo amarraba a su existencia.

En eso apareció Terencio. A él lo habían dejado sólo y el viejo surgió como otra sombra. Estaba completamente enloquecido cuando lo abrazó. El pobre Herrera no cesaba de gritar: "¡Yo estaba detrás de un morrito y eso me salvó!" ¡Eso me salvó! ¡Los otros saltaron como colpas humanas! ¡Así saltaban... así saltaban! También apareció Mr. Tichman. ¡Qué ojos de fiera traía el gringo! Alguien le preguntó algo y él se volvió con un gesto grosero: "Go to hell!"... El gringo había llegado después de la explosión y en su atolondramiento nervioso barbotaba frases que ocultaban la magnitud de la tragedia.

Más tarde, en un tren de rejas, condujeron a los pocos sobrevivientes hasta el campamento obrero. La gente que esperaba era una multitud empavorecida. Los grupos inquietos merodeaban por la Botica Chile o por la Oficina de Casas. El pavor estaba en sus caras abobadas, hechas de angustia. Ahí fué cuando doña Lastenia lo tomó por los brazos y le empezó a preguntar. La pobre mujer quería saber algo de su marido y de su padre. Gemía y hacía preguntas incoherentes. El le miraba la cara horriblemente arrugada. Quiso contestar, procuró hilvanar detalles de lo que había visto, pero las escenas se le perdían tal como si se deshicieran entre la tierra de la explosión. La cara de la mujer parecía acusarlo. Pero en ese instante comenzaron a escribir algo en una pizarra en la puerta de la Oficina de Casas. La gente se agolpó ansiosa y él tuvo que hacer

un esfuerzo para ubicarse. El aviso era breve: "En el accidente de esta mañana sólo se registraron seis muertos". ¡No, eso era mentira! ¡El los había visto! Después miró los nombres de sus compañeros. ... "Luis Jiménez y Gilberto Pérez". Dos instantes se le unieron en el corazón: aquél en que los vió medio encorvados sobre sus cosas y éste en que no eran más que palabras escritas con tiza. La rebeldía tiene sus razones, y para él ese par de nombres fué una causa poderosa. Recién entonces se puso a gritar que no, que los muertos eran muchos, que los estaban engañando para ocultar la verdadera magnitud. Gritó, desahogó sus nervios contenidos, vociferó cuanto pudo. La gente lo miraba con una extrañeza sorda y rencorosa. ¿Por qué no comprendían que los hombres tienen ganas de vivir? ¿Por qué los metían a un trabajo sin precauciones? ¿Por qué no comprendían? Pero los brazos de un par de vigilantes se apoderaron de él y lo condujeron al hospital. Era una forma de apresarlos, aunque se obstinaran en decirle que necesitaba calmarse.

La visión de aquella mañana comenzó a perder fuerza. Apenas fué el cuadro del viejo caserío de campamento, con sus casas chatas y sus calles trepando cerros.

"¿Cómo es posible que alguien no tenga la conciencia de gremio... de su gremio, después de soportar un trance así?", pensó pausadamente como si tuviera que subrayar mientras pensaba.

La puerta del cuarto dejaba un claro hacia el pasillo. Por ahí se veían los techos y también se dibujaba el bulto de la casa.

Así fué que alguien caminó en ese rato, y la sombra y los pasos le interrumpieron la atención a Rojo Muñoz. Se incorporó sobresaltado. Lo acuchilló la idea de que otra vez sucedía un allanamiento. Miró el ventanuco cerrado. Estaba perdido. Tiritó. Pero los pasos se alejaron hasta borrarse. Respiró tan hondo como pudo para calmar el sobresalto. No, Ramón no podía hacer eso.

Pero su pensamiento hizo un vuelco completo y repentino. ¡Qué rara asociación! Volvió a pensar en Chuqui y dijo: "Teatro Chile... Botica Chile... Pulpería Chile... Librería Chile... ¡Oh, caramba, cómo les gustaría podernos llamar a nosotros Obreros Chile!

Y de nuevo tejió su viejo curso.

“Hay gente que se convierte en dueña de la vida —agregó— y ésa es la que nunca comprende nada” (ahora el cerebro de Rojo Muñoz era una máquina que estrujaba razonamientos aprendidos en el filo de los años). Cuando un viejo se acerca al mineral, ve una barra que le cierra el camino. Acá queda Chile, con sus tierras muertas y sus distancias dormidas al otro lado está Chilex, metálico y frío como una risa de gringo. Son diferencias que aplastan y que conmueven. Además, él tenía que levantarse muy temprano y lavarse en unos tachos mugrientos. ¿Por qué esa gente no comprendía que deseaba algo mejor? Tenía que dormir en una cama inmunda, junto a un grupo de hombres fastidiados. En ese grupo había de todo, desde el hombre santo que era Terencio, hasta el roto más miserable que era Rodrigo Rojas. ¿Cómo era posible que alguien no comprendiera que esos contrastes terminaban por socavar hasta la más justa paciencia? Tenía que comer en un mesón largo, donde se apretujaban como en un rebaño y donde de rato en rato les pasaban unos platos que olían a descompostura. ¡Bazofia! ¿Por qué... por qué? Una gran parte de la lucha consistía en hacer comprender a ese alguien. La conquista entonces ya se hacía más fácil.

¡Caramba! Ese día que se mató el loco Tichman corrió entre todos ellos un escalofrío raro. Porque el gringo Tichman decidió de repente tirarle una raya a sus días. Se encerró en un cuarto, bebió mucho y después se disparó un balazo. Es cierto que estas cosas y muchos otros detalles se vinieron a saber después, porque en el primer momento, los que tienen a su cargo descubrir crímenes o investigar robos, creyeron necesario culpar a alguien. Por eso fué el escalofrío de los obreros. Además, no faltaban razones para pensar de este modo. Mucha gente había jurado hacerle algo, jugarse un desquite con una venganza. El mismo Nicanor Elgueta podía haber sido el culpable, ya que muchas veces alardeó lo suficiente como para pensarlo. Aunque en el caso de Elgueta, el loco se había portado mal.

Por fortuna el hecho no pasó de ser un suicidio visible, cuyos

motivos nunca se mostraron lo suficientemente claros como para comprenderlos. “¿Por qué habrá sido?”, se preguntaba la gente. Fué entonces cuando el escalofrío de los obreros se convirtió en un sentimiento humanitario. Las cuentas de esta vida se pagan con la muerte y el recuerdo que se deja no es más que el balance de lo que se haya hecho en los días.

En la tarde fué una comisión de los sindicatos hasta el sitio del féretro. A él mismo le correspondió representar a sus compañeros del Sindicato Mina. Tuvieron que caminar hasta el Campamento Americano una distancia grande. Y allá los recibió el otro ambiente de Chuqui.

Por más que procuró imaginarse la cara larga y huesosa del gringo Tichman lo impresionaba con mayor fuerza ese grupo de norteamericanos que acompañaban el velorio. Ahí estaban los dos mundos unidos por el nexo extraño de la muerte. Los que no comprendían y los que no conseguían hacerse comprender. Parecía increíble que vivieran tan cerca, que fueran partes complementarias de un mismo trabajo y que, sin embargo, a cada uno los conmovieran intereses distintos.

Rojo Muñoz miró la calva orgullosa de Mr. Richardson; se fijó en el vientre insolentemente burgués de Mr. Britten, y contempló un par de vasos de whisky que se aburrían sobre una cubierta exageradamente pulida.

“¡El capital!”, pensó con sorna. En seguida, recordó los brazos nervudos del viejo Terencio —unos brazos hechos de ripio duro— y no le quedó más recurso que pensar en el trabajo.

(¡Oh, esta maldita costumbre de pensar!, se acusó con rabia).

¿Es posible que el capital sea a la vez el capital y el trabajo? agregó en su propia discusión. ¡No! Evidentemente imposible.

Nadie se podría imaginar a esos seres cuidados y tan bien vestidos moviendo palancas y apuntalando rieles. ¿Mr. Richardson, por ejemplo? (y se rió). ¿Sería posible que el trabajo representara al capital y al trabajo? Eso sí, evidentemente que sí. ¡Al fin ésa era una manera de pensar!

El féretro de Mr. Tichman le infundía a todos un silencio lleno de solemnidad.

Pero... pero, se interrumpió. No era esto lo que justamente él estaba pensando. El se había propuesto escarbar las razones que lo empujaron hasta ser dirigente obrero. ¿Qué tenía que ver Mr. Tichman en su ataúd?

Bueno... recapacitó de pronto. Claro que nada tenía que ver Mr. Tichman, sin embargo, las razones estaban en todas esas cosas. Eran justamente los detalles que se habían sumado para empujarlo.

También Rojo Muñoz trazó una raya en su imaginación, de modo que todo lo viejo de su vida semejara haber quedado atrás. En seguida sopesó las cosas con calma y afirmó: "Siempre hay un detalle que favorece. En mí, el detalle fué... indiscutiblemente, sí".

Por un instante se puso a mirar la punta firme del velador. Era un ángulo en la madera de la cubierta. El mismo se sorprendió interrumpido por una observación tan trivial. ¿Qué tenía que hacer ese ángulo con lo que estaba pensando? ¡Ah, sí! Los mismos gringos fueron los que lo favorecieron con el detalle. Ahora sí, claro: el detalle de su vida era tan duro como la punta de esa cubierta.

Un día apareció en la mina un par de hombres nuevos. Con ellos también se presentó lo que ahora estaba recordando. Eran dos hombres recios e inagotables. Un par de barreteros pampinos, puntualizó. Los hombres se jactaban de su fuerza en tal tono que no admitían réplica, y de cierto que eran bárbaros en lo que soportar faena. Mientras los otros cumplían su labor pausadamente, ellos eran capaces de triplicarlos, sin darle un solo respiro al cuerpo. ¡Y encima se jactaban!

Otro día que estaban en un grupo, porque también solían arrebajarse en las conversaciones, él los interpeló:

—¿Qué sacan? —les dijo—. ¿Por qué se afanan en cumplir una tarea que no les corresponde?

Había procurado poner fuerza en sus palabras. Sin embargo, ellos se quedaron plantados en medio del grupo, como si la novedad

de lo que oían les cerrara la escasa inteligencia. Uno de ellos vestía una camisa de mezclilla, por uno de cuyos parches rotos se podía ver el manchón oscuro del hombro fornido. Ese contestó al cabo de un rato:

—Es que a nosotros nos aguantan los brazos hasta que se nos antoje. ¿Y qué?

Rojo Muñoz recordaba que le había dado tiempo de reponerse para en seguida martillarlos a su gusto:

—Aquí también hay gente que tiene buenos brazos y que puede hacer otro tanto. Pero no se trata de eso porque también hay que pensar en los demás—: y los había quedado mirando antes de agregar:

—El trabajo colectivo no es una competencia donde se trate de ser más que el otro. ¿Qué ganan Uds. con rendir tanto? ¿Les pagan más jornal? ¡Nada! ¿Están más seguros de no ser echados? ¡El día que les toque el *azul* van a salir igual que cualquiera! Lo que ganan es cansarse y molestar a los que rinden menos. ¡Piensen en ellos! Supongamos que todos nos pusiéramos a rendir el máximo. ¿Qué sucedería? Podrían suceder dos cosas: o que la compañía ganara más sin que a nosotros nos aprovechara, o que despidieran a los que rendían menos. ¿Es justo esto?

—¡Oh, cuantas cosas les había dicho mientras el par de macizos lo miraban con ojos de noche negra!

Pero el detalle tuvo que suceder también en ese momento, porque ahí cerca, echado detrás de una colpa, había un capataz. ¡Ese fué el detalle! Ah, si el capataz se lo hubiera tragado la tierra, él no habría salido relegado al otro día, junto con el viejo Terencio que lo defendió, y después de pasar por muchos interrogatorios en la guardia especial.

Eso era mejor no recordarlo. Ocho meses angustiosos de relegación en el pequeño pueblo de Chonchi, en pleno Chiloé. Eran muchos, junto con el viejo Terencio. Se hablaba de gente que... ¡Oh, era mejor no recordarlo!

Lo raro fué que después lo volvieron a aceptar en Chuqui. Era frecuente que hubiera alguien despedido por la misma causa, pero

nunca se había oído decir que ése pudiera regresar. ¡No, nunca! ¿Qué pasó con él? Bien, lo que haya sido. Pero desde entonces nadie le negó su nervio de dirigente obrero. En esas mismas elecciones del sindicato él...

¡Caramba! ¿Qué?

El reloj de la plaza desató otro campaneo bullicioso. Los metálicos sones llegaron balanceándose sobre los techos.

¿Qué?

¡Estaba acorralado si no sucedía algo que lo salvara!

Esto último lo recordó sin apremio, como si ya no se tratara sino de otro paso más en su vida. Sí, de todas maneras, siempre habría un campamento americano lleno de muebles bruñidos y de casas excelentes.

También existirían siempre las ratoneras del campamento obrero.

¿Pero acaso no existían las mismas diferencias en el mundo entero?

Antes de incorporarse, se estiró con ganas. Ahora sí que habría podido dormir un rato.

Tomó la botella y vació el saldo de agua sobre la nuca. El calor era denso, espeso. Al cerrar la puerta del cuarto vió que los techos vecinos parecían aletargados bajo el sol.

¿A qué hora llegaría Marabolí?

LA NOCHE

Marabolí miró el reloj. Era un hombre corpulento, de ojos incrustados y cara rolliza.

—Estamos en la hora —aseguró. Se demoró en seguida en recoger algunas cosas y armar con ellas un pequeño paquete—. ¿Estás decidido? —le preguntó puntualizando algo que no tenía vuelta.

Más que decidido, Rojo Muñoz estaba entregado a su suerte. Que fuera lo que fuera y como fuera. Asintió con la cabeza. Estaba sin nada, sin ropa de cambio y sin dinero. Un círculo se cerraba sobre su huella. ¿No era eso haber caído en un hoyo sin salida?

Marabolí habló de nuevo, sin alarma, como si dejara caer un pesado cuerpo que había estado suspendido.

—El viejo Ramón está preso—. Rojo Muñoz sintió que se le apagaba la vida.— Han allanado cinco casas esta tarde. Parece que te han agarrado rabia.

¡Y él que había estado tan tranquilo encerrado en un cuarto sin escapatoria! Agudas espinas se clavaron en su cuerpo. El miedo apenas le dejó ánimo para hacer una pregunta.

—¿No tendrán vigilancia en los muelles?

—Seguro. Y también en el vapor, pero hay que arriesgarse.

Marabolí había terminado de amarrar ahora un saco en el cual echaba los diversos utensilios de la pesca. Era su oficio y, al demorarse, no había hecho más que preparar su salida.

—¿Nos vamos?

Rojo Muñoz se despidió de la mujer que lo había quedado mirando con una cara tan extraña cuando llegó en la mañana. Ahora estaba jovial y amable. Le alargó un paquete que él recibió sin sospechar su contenido.

—De algo le servirá —le dijo.

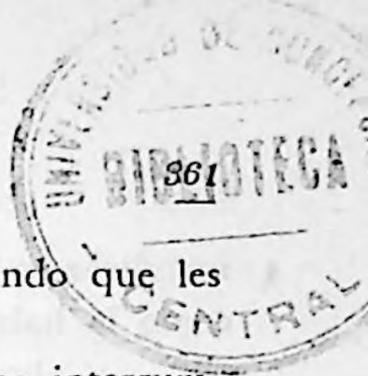
—Gracias, de veras muchas gracias.

Salieron. La noche respiraba un silencio aconchado bajo el charco amarillento de los focos. La calle casi caía desde el cerro sobre el dormido rectángulo del centro. Un cielo negro, limpio, decía que ya era muy tarde.

Torcieron por una calle solitaria y más oscura. En el ánimo de Rojo Muñoz comenzó a agitarse el viejo embate de sus dudas. Semejaban ráfagas que vinieran a chocar contra su carne tersa. “Tengo que aparentar tranquilidad —pensaba—. Yo no soy Rojo Muñoz”... “Yo no soy”...

La palabra *tranquilidad* terminó por ser una aguja clavada en su cerebro.

Encontró que la calle estaba demasiado solitaria y, por lo mismo, la presencia de ambos era más notoria. Efectivamente, era un mundo



en sombras, casas que guardaban cuidadosamente el mundo que les era adverso.

Al doblar una esquina, una ventana iluminada estaba interrumpiendo la dormida piel de la noche. La bulla de una fiesta se asomaba entre los vidrios y se tendía de bruces sobre el barrio. Las agrias voces de una canción arrastraban su tufo alcohólico.

—Caramba —dijo con sorna— hay gente que se divierte.

Marabolí no le hizo caso. Su cuerpo membrudo se cimbraba con un compás de avezado marinero. Marchaba mudo, masticando su complicidad responsable. Si los llegaban a sorprender, también él corría la misma suerte.

Sin embargo, la canción borracha que se le metió por los oídos empezó a fugársele por la boca con un tarareo tartamudo. Después cantó una estrofa entera con su voz chillona y destemplada. Era un hombre audaz y arriesgado. Muchas veces la pesca se le convirtió en contrabando, y las playas escondidas guardaron el secreto de una aventura pasajera. Cierto que ahora lo podían pillar, pero en el fondo no pensaba sino que iba a devolver un contrabando.

—No te olvides: eres pescador —puntualizó— y tu matrícula está en el bote... Esta noche vamos a “Juan López”... bote número 58...

—Bote 58... “Juan López”... repitió Muñoz.

Habían llegado al centro y las calles se bañaban en charcos más grandes. Pasaron frente a “El Diario” y unos enormes ventanales cerrados guardaban el secreto de las noticias que trasnochaban encima de los escritorios. El edificio corpulento parecía un fantasma importante.

Una oleada de mar llegó de pronto. Aún distante algunas cuadras, fué el primer aviso que Rojo Muñoz sintió de su presencia. Hasta el momento nada extraordinario lo había removido, pero ese ramalazo salobre lo llenó de sobresalto. Se acercaba el gran momento. Iba a romper el cerco que lo tenía aprisionado o iba a enredarse entre sus redes tendidas. No lo sabía. Su cara se arrugó como una cicatriz retorcida. Apuró el paso. Por un momento pensó que

marchaba solo y tuvo deseos de huir, de correr lejos, a los cerros, como lo había hecho en la mañana.

—¡Calma! —chilló Marabolí, enérgico.

Volvió a sentir sus propios pasos que avanzaban como un reloj que marcara la proximidad de la muerte.

Ya, ahora era el momento.

Dormida como la noche misma estaba la caleta de pescadores. Era un sueño recostado entre los botes despanzurrados. Antes de entrar al pequeño muelle, Marabolí cogió un remo que había junto a una reja. No sabía de quien era, pero no le importó.

—Llévalo al hombro —mandó. También le pasó el saco.

Empezaron a entrar. La noche se les apretaba contra los ojos. De pronto tres cuerpos emponchados les cortaron el paso.

—¡Alto!

—¿Qué?

—¿Quiénes son Uds.?

—Somos del 58, mi cabo. ¿No me conoce? —respondió Marabolí con un aplomo de hielo.

Un cono de luz les cayó encima, encegueciéndolos. Rojo Muñoz presintió el fin. El cerco estaba cerrado. Agachó la cabeza como si tratara de recoger la fuerza que se le caía.

—Esta noche vamos a “Juan López”, mi cabo. A lo mejor hay congrio y le apuntamos.

Los tres cuerpos emponchados estaban al frente como una muralla de cemento.

—¿Y dónde llevan la dinamita?

Marabolí sintió la pregunta como un remanso salvador. ¡No sospechaban!

—¿Qué dinamita, mi cabo? ¿No vé que está muy cara? Muéstresales el saco, Lucho.

Rojo Muñoz dejó caer la prenda, y acomodando el remo en un costado del muelle, se dispuso a cumplir su papel. Un frío tiritón le apretaba las mandíbulas.

El chorro de luz cayó al suelo y luego se apagó.

—Bueno. pasen...

Marabolí había crecido en toda la dimensión de su audacia y se disponía ahora a estrujar el momento.

—¿No ve, mi cabo? Por ser gato negro lo confunden a uno quien sabe con quién.

—¿Y con quién te vamos a confundir?

—A lo mejor, digo yo no más —y comprendió su error al haber hablado lo último.

Pero ya se disponían a bajar las escalinatas y a preparar el bote. Rojo Muñoz luchaba contra su falta de pericia entre las sombras y en un momento resbaló un peldaño.

—¿Está curado ese hombre?

—Ahora le dió con que estamos curados. Oye, Lucho, estay curao vos?

Los minutos restaron su lentitud mortal hasta que los remos vinieron a romper el silencio en que se arrastraban. Los brazos seguros de Marabolí movieron una palada, luego otra y el bote empezó a remolcar la noche.

Rojo Muñoz, sentado a popa, respiraba de nuevo. Pasó así un rato largo antes de que el bogador hablara.

—Fué más fácil de lo pensaba —dijo— y lo que falta ya no tiene tanto peligro. ¿Dónde andarán los agentes?

El bote cabeceaba con una agilidad de chiquillo travieso.

—Ahora sí que está más cerca el viaje —suspiró Muñoz.

¡El viaje! Porque Rojo Muñoz había roto el cerco para lanzarse a la fuga en un barco. Era lo menos que momentáneamente podían sospechar y lo único que Marabolí consiguió disponer. Un marinero del "Viña del Mar" sabía donde esconderlo hasta que otro puerto borrara el peligro, y en este concierto jugaban los últimos pasos.

A ratos el bote subía y la ciudad distante era un chispeo de luciérnagas encendidas. El brillo húmedo moraba sobre los techos simulando el alma del sueño.

Rojo Muñoz no sentía pena. Iba a dejar su mundo desarraigado por un vendaval furioso y menos sabía si tardaría mucho tiempo

en volver. Le parecía hallarse sumido en un mundo sin palabras, en un camino sin ruta, en un vacío sin formas. Todo su pasado era inútil y él se detenía ahora a la orilla de su destino. ¿Por qué? Tampoco lo comprendía. Sólo sentía a sus espaldas el vendaval ensoberbecido.

Vió a Marabolí arqueándose en cada boga rítmica y acompasada con la respiración. De súbito le brotó un agradecimiento que se le cuajaba en la garganta y le impedía hablar.

—Si te pillan, te habrían relegado quizás dónde —acusó Marabolí mermando el empuje del remo.

—Ya supe una vez lo que es eso.

—¿Por qué te friegas de nuevo, entonces, en lugar de trabajar tranquilo?

Rojo Muñoz sabía que su amigo estaba lejos del camino suyo y no quiso ofenderlo con una respuesta destemplada.

—¿Por qué crees tú que se vive?

—¿Yo? . . . —rebuscó Marabolí. Vivo porque . . . ¡no sé!

—Cada cual vive porque lucha: lucha contra algo, por alcanzar algo o para que los suyos tengan lo que quieran. Yo estoy luchando, Marabolí, y lo que me pasa es una parte de esta refriega. Es como estar en un hoyo y tener ganas de salir . . . es como querer conquistar el derecho a que no lo refriegen más a uno . . . es como tener ganas de respirar cuando le falta el aire.

El bote paulatinamente entró en el amplio recinto de las Obras.

Su pequeña contextura disimulaba el bulto entre la masa de la noche.

Habían dado la vuelta completa para entrar al puerto desde el mar y esquivar así toda vigilancia en las puertas de acceso. Junto a los malecones, los barcos semejaban grandes bodegas hambrientas. En algunos, una estridencia de metales bulliciosos sacudía la faena.

Marabolí no contestó. Tal vez en su camino distante no entendía la hombría, la audacia y el valor hechos en otra forma. Manejó los remos hasta colocarse al amparo del "Viña del Mar". Si había vigilancia, ésta debía estar por el otro lado, por la borda de tierra.

Luego lanzó un silbido como un chicotazo serpenteante y miró a la cubierta hasta que vió aparecer la cabeza del marinero.

—Ahora no tengas cuidado. ¡Apúrate!

Rojo Muñoz lo abrazó. Después empezó a subir por la cuerda colgante. Iba subiendo como si un extraño ronroneo le llenara la cabeza y como si la noche se apoderara de él. Mordía fuertemente el paquete y los dientes le llegaban a doler. Apenas podía pensar en Marabolí con la fuerza con que se piensa en un hombre.

EL AMANECER

Una claraboya puede ser, en cierto modo, el ojo despierto de un calabozo. Así lo sentía Rojo Muñoz. El rincón donde estaba escondido tenía esta claraboya y él no había resistido la tentación de mirar por última vez la mancha de las casas. Estaba a babor, al lado contrario del molo. Nada lo intranquilizaba y sentía alegremente que podía despedirse con la mirada y con el pensamiento.

Antofagasta era una mancha cenicienta. Pero más allá de los cerros, doscientos kilómetros más allá, estaba Chuqui. ¿Volvería alguna vez? Si no regresaba, de cuántas cosas tenía que despedirse. Después de todo, había sido intensamente hermoso ese mundo clavado en la montaña. El viejo Terencio... las huelgas... el sindicato... ¿Volvería alguna vez?

Sobre su cabeza repicó una campana. Largo rato después la hélice empezó a revolver sus aspas. Junto con librarse de algo, perdía un mundo suyo, íntimo y vivo. Sintió que una llovizna de pena humedecía su corazón. Y sólo entonces, pero sin apremio, pensó en su destino. ¿Qué sería de él mañana, después, siempre? ¿Qué sería de él?